

Capacidad de asombro

¡Hola amigos!

Hoy quisiera hablaros de algo para mí muy importante. Es solo un pequeño inicio de algo que llevo desde hace tiempo en mi corazón.

Pero es algo que viene pegando fuerte y hay hasta una bibliografía impresionante y nueva. De los tres grandes pilares: Lo Bueno, lo Bello, lo Verdadero (Banco BBV) por algo, que no se sabe bien, la iglesia que somos todos, habíamos descuidado lo Bello. Ahora, ante tanta crisis, ante la trágica supresión de las humanidades que tanto afecta a la religión y a la vida entera, se insiste en un mismo interrogante ¿“Y si la belleza salvara al mundo”? Yo empecé a meditarlo cuando Juan Pablo II escribió su famosa Carta a los Artistas. Para colmo estaba en Roma rodeada de belleza. Si todo esto nos libra del cerrilismo que padecemos. ¡Cuántas sorpresas nos esperan!

Aquí un pequeño inciso. ¡Ojo! No creáis que yo deseo contaros todo esto por amor al arte, nunca mejor dicho. No. Soy Déborah, una profetisa diplomada por las más altas instancias. Y sin tener ni arte ni parte. Sois vosotros, perfectos desconocidos para mí, los destinatarios de esta misión profética de una profesora jubilada. Y no sólo eso. Los auténticos destinatarios son los que encontréis en vuestro camino con los que compartir el testimonio de vuestra vida.

Ya hablaremos después de estas fiestas santas de la alegría. Creo que para empezar bien, todos tenemos que hacernos una pregunta. ¿Cómo andamos de capacidad de asombro? Porque ¡Gloria a Dios! vamos a nadar en la belleza, en lo maravilloso que nos rodea.

Hay una cualidad que se supone en todo buen informador: la “capacidad de asombro”. Los sucesos grandes o pequeños, la realidad de cada día, se presentan a sus ojos como novedades insólitas. Es su alma al acecho, su afán de conocer, de descubrir en ellas su invisible secreto, lo que reviste al mundo de extraordinaria originalidad. Todo es importante. Hasta el más humilde acontecimiento tiene su razón de ser, su clave íntima que puede explicar el universo. Por



minúsculas que sean,
las noticias son
capaces de ser

humanizadas para devolverlas, con ropa fresca y limpia, al interés y la atención general.

¿Cómo no hacen suya esta fórmula los que tienen miedo a “instalarse” y envejecer? Porque, con tanta novedad, el alma se remoja misteriosamente y hasta se enriquece, y va adelante, con una nueva visión de las cosas. Los cristianos, estamos especialmente obligados a conocer y amar, por instinto, la realidad que Dios nos manda, cada día; a vibrar y darle gloria con toda la creación que aparece de una forma u otra ante nuestros ojos. El tiempo espléndido, o la mañana amasada en barro y gris, la sonrisa del niño o el rostro serio del guarda de tráfico, el trabajo de siempre y la ilusión azul del sábado.

Si seguimos con atención y amor lo cotidiano, estamos ante un espectáculo maravilloso. Y de puro mirar -más espectadores que protagonistas- hasta las heridas, hasta el desgarrón de la propia aventura, se hacen menos intensos. Contemplar, decía Pessoa, es estar distante, es morir. Con la atención fija en otra cosa, nosotros pasamos a un segundo plano porque no se puede estar “en misa y repicando”. Y qué maravilla que, al contemplar el rostro de Dios, huyan las mariposas negras de nuestras obsesiones.

Ver a Dios en la naturaleza, en los hombres, en los cielos nuevos y las tierras nuevas ¿no es maravilloso?

No hace mucho preguntaban a un periodista converso, alemán, la causa de su entusiasmo contagioso. Explicó que desde su conversión vivía en un continuo asombro. Antes, “Cristo era para mí un personaje lejano y oscuro, una especie de profeta visionario nacido en un punto del oriente que ni siquiera figura en el mapa. De repente, un día me encontré en Milán, recitando el Credo en una iglesia abarrotada y al pronunciar creo en Dios Padre...en Jesucristo su único Hijo y Señor nuestro...Ante esta impresionante revelación, sentí tal asombro, que lo verdaderamente asombroso para mí era que los que recitaban el credo a mi derecha y a mi izquierda no se asombraran”. Me pareció claro que **el papel de la iglesia sería devolvernos “el primer asombro”.**

No podemos acostumbrarnos a las cosas de Dios. Son siempre sorprendentes. El periodista al que oí personalmente este testimonio lo pronunciaba en italiano. Nuestra misión es: “svegliare l’estupore”. ¿A que suena bonito?

Déborah